

# MOVILIZACIONES ESTUDIANTILES EN CHILE: ANTICIPANDO EL FUTURO<sup>1</sup>

## STUDENT MOBILIZATION IN CHILE: ANTICIPATING THE FUTURE

Rafael AGACINO<sup>2</sup>

**RESUMEN:** Estas notas pretenden evaluar las movilizaciones estudiantiles en la perspectiva del momento actual por el que atraviesa la contra revolución neoliberal chilena, pronta a cumplir ya 40 años. No solo sus demandas - educación pública, fin al lucro, etc.-, parecen trazar el “sentido común” neoliberal tan profundamente acendrado en la sociedad chilena, sino también, forzar un desplazamiento de la política desde los espacios institucionales-clásicos a la sociedad misma. Aunque de manera muy rudimentaria aún, entre los sectores más activos e independientes, comienzan a circular ideas cómo el “control comunitario”, una suerte de poder popular re significado, como contrafuerte del estatalismo y/o del predominio de los mercados, y otra cómo la recuperación de la “soberanía popular sobre las necesidades”, hilo orientador de las demandas con horizonte emancipador. La contrarrevolución neoliberal chilena ha madurado y comienza mostrar sus límites y fisuras; todas condiciones favorables para dar a luz las potencialidades de ruptura que emergen desde su propio vientre. En análisis de éstas aperturas políticas es el objeto central de este artículo.

**PALABRAS-CLAVE:** Movilizaciones estudiantiles. Chile. Educación contra revolución neoliberal.

*A Paulina Aguirre Tobar, 20 años, estudiante vespertina del Liceo Valentín Letelier, militante del MIR, asesinada por la policía secreta de Pinochet el 29 de marzo de 1985. Su mirada ha regresado brillante y multiplicada en las miradas de las jóvenes rebeldes de hoy.*

**LA MASIVIDAD DE LAS ÚLTIMAS MARCHAS ESTUDIANTILES HA SIDO UN FENÓMENO EXPLOSIVO E INESPERADO. ¿QUÉ EXPLICA DICHA MASIVIDAD? ¿QUÉ PARTICULARIDAD TIENE ESTE CONFLICTO ESTUDIANTIL?**

Son las interrogantes de estos días. Muchos intentamos interpretar este fenómeno y creo se converge hacia un relativo consenso que considera este conflicto como continuidad de un proceso que se ha venido desencadenado espasmódicamente desde hace algunos años; que hay un “hilo rojinegro” (broma) que lo entretreje, en particular en el caso de las movilizaciones de los estudiantes secundarios.

<sup>1</sup> Este artículo fue redactado sobre la base de una entrevista al autor, realizada a fines del 2011. Se ha mantenido la estructura “pregunta – respuesta” propia del género, pero tanto unas como otras, han sido levemente corregidas. Adicionalmente se han agregado notas aclaratorias sobre la política chilena a fin de facilitar la comprensión del texto por parte del público brasileño más algunas referencias bibliográficas indispensables para contextualizar ciertas apreciaciones teóricas.

<sup>2</sup> Investigador de Plataforma Nexos, centro independiente dedicado a elaborar y difundir el pensamiento crítico con el fin de contribuir al diálogo e intercambio en torno a los intereses de los trabajadores, sectores populares y pueblos originarios. Fue creado por un grupo de profesores y militantes de movimientos sociales chilenos en octubre de 2007. Más información en [www.plataforma-nexos.cl](http://www.plataforma-nexos.cl). Se agradecen los comentarios de Roberto Merino de Actual Marx/Intervenciones y Manuel Ossa, Sara Kries y Pedro Landsberger, ambos investigadores de Plataforma Nexos. Comentarios a [gms@terra.cl](mailto:gms@terra.cl).

Hay dos momentos con características similares que anteceden al actual: el “mochilazo” del 2001 y la “revolución pingüina” del 2006<sup>3</sup>. En primer lugar, ambos son procesos inadvertidos por las organizaciones políticas y por el Estado; surgen de improviso y todas las instituciones, incluida la izquierda institucional, sea republicana o reformista, actúan *ex post* y a tientas tal y como le sucede ahora a un gobierno desorientado e inexperto. En segundo lugar, enarbolan prácticamente las mismas demandas aunque ahora profundizadas y en choque frontal con el modelo educacional y con el propio orden económico social. La demanda por el pase escolar del “mochilazo” se acopla a la exigencia del fin del lucro como ya lo habían puesto en el tapete los secundarios el 2006, y ambas se resignifican hoy al elaborarse con una sencillez asombrosa una profunda crítica a las bases mismas del modelo educacional y a la racionalidad con que se construyó y funciona el “Chile realmente existente”.... Por ello, de súbito, ya es casi sentido común y a nadie escandaliza, demandar la renacionalización del cobre, la reforma tributaria, la desmunicipalización de escuelas y liceos sin privatización<sup>4</sup>. Y finalmente, como tercera característica de importancia central, el movimiento ha preservado e incluso desarrollado ciertas formas organizativas – vocerías, revocabilidad de los dirigentes, soberanía de las asambleas etc. – expresivas de un potencial de radicalidad democrática y autonomía poco conocido en el campo de la acción social y política chilena.

Si uno trata de dar mayor sentido a estas líneas de continuidad, la pregunta más precisa es: ¿Cómo caracterizar esta movilización social que ocurre en un contexto de crecimiento económico, en ausencia de desempleo masivo, de bajas salariales o de una situación de pobreza masiva y creciente? Lo que hay es una explosión en otras condiciones: en condiciones de inclusión social; no se trata de las masas menesterosas clamando por pan; no se trata de “marchas del hambre” como en los años setenta y ochentas en plena dictadura de Pinochet. La derecha neoliberal, apelando a su

<sup>3</sup> Denominaciones populares a las movilizaciones de estudiantes secundarios. La primera deriva de la pequeña maleta (mochila) que usan en sus espaldas para transportar sus útiles escolares, y la segunda, evoca la semejanza entre las multitudinarias marchas de niños y adolescentes con uniformes escolar (de color azul y blanco) y las bandadas de pingüinos.

<sup>4</sup> Dentro de las reformas neoliberales destinadas a la reducción del Estado, en 1986 se procedió a traspasar la administración de los establecimientos educacionales de la enseñanza primaria y secundaria, desde el Ministerio de Educación a los Municipios, manteniéndose el financiamiento estatal a través de un régimen de subvenciones. Paralelamente, la reforma, argumentando la “libertad de enseñanza”, fortaleció la educación privada por medio de la extensión del régimen de subvenciones a un sector creciente de escuelas particulares (se creó la figura del “sostenedor de la función educativa” como denominación del empresario encubierto que opera en este mercado) y facilitó el aumento de los colegios particulares pagados no subvencionados. En ambos casos, más que la libertad de enseñanza, lo que ha primado es el ejercicio sin restricciones de la “libertad de empresa”, pues, salvo en los colegios de las elites que asumen una función ideológica, el lucro ha sido el único móvil de la inversión y la oferta de servicios educativos. Así, las escuelas y liceos municipalizados financiados por el Estado –principalmente destinados a absorber la masa escolar más pobre- y los particulares subvencionados y pagados (no subvencionados), conforman el sistema escolar chileno, el que después de dos décadas, ha producido desigualdades abismantes en el acceso, calidad y movilidad social de sus egresados. El movimiento estudiantil secundario reclama ahora la “desmunicipalización sin privatización” puesto que el gobierno, aprovechando la crisis, ha optado por el cierre de los establecimientos municipales incentivando con ello la expansión de los colegios particulares subvencionados y no subvencionados.

batería teórica fundada en el individualismo hedonista, ha caracterizado la situación asemejándola a una crisis de expectativas. En su versión más vulgar, se trataría de un malestar de los sectores “aspiracionales” que por pura envidia frente a los exitosos, reaccionan con la protesta. Más allá de su evidente superficialidad, este razonamiento, sin embargo, puede revelar una tensión social más estructural propia del neoliberalismo maduro: un malestar expresivo de las dificultades objetivas que ciertos sectores sociales recurrentemente enfrentan para sostener en el tiempo sus condiciones de vida, o bien, porque todos o parte de ellos, tal vez los más ilustrados, toman conciencia de los perversos resultados de largo plazo del modo de vida proclamado por el neoliberalismo. En efecto, es el propio funcionamiento del modelo – no su colapso- el que muestra que los logros se vuelven ficticios, vacíos y tóxicos, pues el presente se ha vuelto precario y el futuro una hipoteca.

Desde este punto de vista, las casi cuatro décadas de neoliberalismo en Chile, ya muestran crecientemente y en muchos planos, las limitaciones propias del modelo; las tensiones se perciben como resultados de reformas realizadas y maduras y no como reformas pendientes<sup>5</sup>. Así con la educación, la salud, la previsión, la vivienda, la cuestión urbana, el transporte.... Las fisuras de un modelo que no puede resolver los problemas que “la gente” empieza a sufrir y frente a los cuales, tarde o temprano, ella misma deberá obligadamente pronunciarse.

Por otra parte y en conexión con la composición del activo social, una característica sobre la cual hay que poner atención, es que las franjas participantes o de apoyo han sido “educadas” bajo el neoliberalismo y por tanto permeadas por una cultura individualista. El mismo movimiento contiene en su interior contrafuerzas gravitantes que eventualmente pueden limitar su constitución y desarrollo. Dichas contrafuerzas comparten el malestar masivo pero sin compartir necesariamente la disposición y voluntad requeridas para la conformación de un sujeto social colectivo. ¿Qué efectos prácticos puede implicar esto? Simplemente que si a los estudiantes de los CFT, los IP o de Universidades Privadas<sup>6</sup> - que, no se han movilizado, salvo excepciones- se les condonan sus deudas u ofrecen otros beneficios, su posición puede pasar de un apoyo pasivo a una franca oposición manipulable por el poder. Hasta hoy el movimiento no ha avanzado sobre temas más complejos de la educación como el rol de un sistema nacional educacional en un país no desarrollado o sobre el carácter político-cultural de los contenidos educativos propiamente tales. Las demandas apuntan hasta ahora solo al entramado institucional buscando reformarlo para garantizar una “educación pública, gratuita y de calidad”. En ese contexto, la

---

<sup>5</sup> Para un análisis sobre la trayectoria y las contradicciones de la contra revolución neoliberal chilena, véase Rafael Agacino (2006).

<sup>6</sup> La reforma neoliberal a la educación superior impulsada por la dictadura de Pinochet en 1981 generó una arquitectura institucional compuesta por los Centro de Formación Técnica, CFT, que otorgan títulos de Técnico de Nivel Superior en carreras de hasta dos años; los institutos Profesionales, IP, para títulos profesionales en carreras que no requieran el grado académico de Licenciado, y las Universidades Privadas. Estos organismos más las universidades tradicionales - por cierto también sometidas a procesos de reformas orientadas al autofinanciamiento y la racionalidad costo/beneficio - constituyen el actual mercado de la educación superior en Chile.

ausencia de un proyecto educacional para Chile, fortalece la capacidad de maniobra del gobierno y las clases dominantes por la vía del manejo distributivo de los recursos financieros – que los hay – y hace más vulnerable al movimiento estudiantil, sobre todo si la conjunción coyuntural de malestares que se expresa en la calle, carece de una identidad como fuerza social y programática. El movimiento tiene una cáscara colectiva pero no es aún un movimiento orgánicamente colectivo. Y ese es un problema crítico, por lo cual el desarrollo de la fuerza social y programática, incluida las tareas de formación política, es central.

Por último, creo que lo que no puede llamar a confusión, por lo menos a las franjas de la izquierda “desconfiada”<sup>7</sup>, es suponer que este es un movimiento que clama por representación en la esfera de lo político. Toda la izquierda tradicional, republicana o reformista, así como la Concertación<sup>8</sup> y sus derivados, así lo creen y afinan sus artes

<sup>7</sup> El término “izquierda desconfiada” se acuñó para identificar a las franjas de la izquierda que se opusieron al pacto entre los partidos políticos populares, de centro y derecha que, con apoyo de EE.UU. y la socialdemocracia europea, negociaron la transición a la democracia en el Chile bajo Pinochet. El término evocaba la desconfianza que el movimiento obrero y popular tenía respecto de las franjas “democráticas” de la burguesía cuyo objetivo no era sino domesticar al movimiento anti dictatorial. Por el contrario, la izquierda que participaba en dicha negociación o que pugnaba por ser partícipe, como es el caso del PC., fue denominada “izquierda confiada”. Posteriormente, el término adquirió un sentido menos coyuntural pues en el período post Pinochet, paradójicamente, se reforzó la fragmentación de los sujetos sociales populares lo que puso en debate la táctica adecuada para detener este proceso y reponer a las fuerzas populares en la política nacional. La izquierda confiada puso el acento en fortalecer su estructura partidaria tradicional y en el “regreso al Estado” buscando acceder al gobierno y al parlamento por medio de alianzas electorales *ad hoc*; confiaba – y confía – que desde allí podría impulsar la reconstitución del movimiento obrero y popular. Por su parte, la otra izquierda, a la luz de las profundas transformaciones en la sociedad chilena generadas por la contrarrevolución neoliberal y de acontecimientos internacionales como la caída de los regímenes socialistas, puso el acento en la re-construcción de los sujetos sociales privilegiando nuevas formas organizativas, democráticas y de base – colectivos, grupos de apoyo mutuo, asambleas, etc., todas formas diferentes y refractarias a las clásicas orgánicas partidarias y sindicales. La táctica era la construcción de un sujeto colectivo que confiara en sus propias fuerzas y no en el Estado o en la burocracia que había mostrado su inclinación a “institucionalizar” o a sustituir al propio movimiento obrero y popular. En el contexto actual y en este artículo, el término madura en un sentido estratégico pues se refiere aquella franja de la izquierda que. (i) niega la separación entre *lo político* y *lo social*; (ii) rechaza la asignación *del monopolio de la política* al *Estado y sus instituciones*; y (iii) critica la separación entre *representantes* – los profesionales de la política- y *representados*. Se trata de una izquierda que llama *politicizar lo social*, a construir *formas organizativas de soberanía y poder popular*, al lado y enfrentadas al Estado, y al diseño de mecanismos de *auto representación en los espacios vitales y en función de las necesidades* populares. La metáfora de la “desconfianza” evoca una crítica a la concepción liberal burguesa de la política y de las instituciones a que da origen dicha concepción, no sólo defendida por la derecha sino también por aquella izquierda republicana y estatista que confía en ella. Una cuestión secundaria -aunque no por ello sin importancia- ha sido el debate en torno al carácter de la participación en las coyunturas electorales. Como es obvio, la izquierda confiada ha participado con candidatos propios o en pactos con la socialdemocracia y el centro, mientras que la izquierda desconfiada, oponiéndose a candidatos impuestos a los movimientos por los partidos o que los movimientos sean descabezados al ser considerados una mera cantera de candidatos para la institucionalidad, ha definido una táctica de participación que ha oscilado entre el llamado a la *no inscripción* en los registros electorales o *anular el voto* hasta el *abstencionismo activo* como es el caso de las próximas elecciones municipales en que registró, producto de una reciente reforma a la ley electoral, la inscripción automática en los registros de todos los mayores de 18 años. Mas detalles sobre el término en el contexto de la transición en R. Agacino (2006, capítulo III).

<sup>8</sup> La *Concertación de Partidos por la Democracia* es una coalición conformada por los partidos Demócrata Cristiano (DC), Por la Democracia (PPD), Radical Social Demócrata (PRSD), Socialista (PS) y otros menores. Fue fundada en 1988 para las negociaciones con la Dictadura Militar, encabezó el “NO” en el plebiscito de octubre de ese mismo año en que derrotó la opción de continuidad de Pinochet. Gobernó Chile desde el 11 de marzo

elaborando ardidés para capturar el movimiento, para vehicularlo a la esfera de lo político-institucional, hasta domesticarlo o extinguirlo. Por el contrario, la izquierda desconfiada, cuyo objetivo estratégico es constituir un sujeto soberano y politizar lo social, más que preguntarse por las posibilidades de representación del movimiento, debe indagar sobre las potencialidades y posibilidades de auto-representación del mismo y su constitución como sujeto social y político. Y ahí es donde encontramos debilidades, como ya las hubo cuando estallaron las movilizaciones de los secundarios en el 2006 y las luchas de los sub contratistas<sup>9</sup> al año siguiente, el 2007.

Así pues, a pesar de lo sorpresivo del estallido hay elementos de continuidad que deben escudriñarse para obtener una caracterización más precisa de este movimiento y de la propia sociedad chilena. Ello es imprescindible para la adopción de una táctica adecuada y no exagerar la nota respecto de las posibilidades tanto de la coyuntura como de la situación política en el marco del nuevo período que se abrió con el Gobierno de Piñera<sup>10</sup>. Entendemos el estallido como síntoma de “algo”, un síntoma de este proceso de maduración del modelo que, entre otros, hace muy ostensible el problema de la desigualdad. Las contradicciones del modelo maduro no reclaman tácticas de resistencia sino tácticas de propuestas, de alternativas de acción social y política; la maduración de las contradicciones propias del modelo exige nuevas opciones. Si no captamos el sentido histórico de esta nueva fase en ciernes, toda la política y todas las orgánicas, se verán sorprendidas ya que precisamente por tratarse de un momento nuevo, no existen aún los recursos discursivos ni interpretativos adecuados, ni las capacidades sociales para integrarse naturalmente en esos movimientos y constituirse como fuerza política a la par que ellos mismos lo hacen.

### **¿QUÉ PROYECCIÓN POLÍTICA PUEDE TENER EN EL MOVIMIENTO ESTUDIANTIL?**

Mirado desde una perspectiva auto emancipadora, es decir, teniendo en mente los esfuerzos por construir un sujeto soberano, una fuerza capaz de superar la idea de la política como un espacio institucional ad-hoc, separado de la sociedad y ejercido por “profesionales” en los cuales las masas deben depositar su representación, las luchas actuales son mucho más ricas que las de los años noventa y las de inicios del siglo XXI. No sólo son nueva escuela para grandes contingentes de jóvenes, sino también inauguran un período que obliga a sintetizar demandas, a elaborar

---

de 1990 hasta el 11 de marzo de 2010, y durante los últimos años ha sufrido una serie de fraccionamientos.

<sup>9</sup> Trabajadores que laboran en condiciones de empleo “atípico” y precarias. Las reformas neoliberales en la producción dieron paso a un patrón de acumulación caracterizado por la fragmentación productiva y la flexibilidad del mercado de trabajo, generando una gran masa de trabajadores que no solo se distingue del resto de la fuerza de trabajo por sus condiciones de empleo sino también por sus formas de organización y lucha, ambas muy distantes del “sindicalismo clásico”. Detalles en Rafael Agacino (2007).

<sup>10</sup> Sebastián Piñera, empresario, como candidato de Alianza por Chile, coalición de partidos de la derecha que sustentó la dictadura de Pinochet, fue elegido en segunda vuelta presidente de Chile en enero de 2010, asumiendo en marzo del mismo año. Ello significó no sólo la derrota de la Concertación y de la izquierda que la apoyó, si no el regreso de la derecha al gobierno después de 20 años, esta vez elegida por votación popular.

propuestas, a imaginar proyectos; su constitución como fuerza social corre en paralelo a la constitución de fuerza teórico/programática, y por tanto, a su emergencia como una de las franjas de la futura fuerza política. El sujeto político colectivo se constituye en su vivir político propiamente tal y politiza lo social desplazando la política del espacio institucional al espacio de la sociedad; arrebató la política a los burócratas y la asume como su espacio de constitución vital. En un momento en que la política en su tradición liberal representativa, y los partidos que han vivido de ella, incluida por cierto la “izquierda confiada”, ostentan debilidades estructurales, se evidencian las potencialidades del momento histórico presente, potencialidades que pueden abrir paso a esa alternativa auto emancipadora.

La incomodidad del sistema político y sus funcionarios no deja de manifestarse frente al “desorden” que caracteriza al actual movimiento, por ejemplo, cuando el ministro de educación del nuevo gobierno, Felipe Bulnes, reclama a los secundarios su falta de organización (convencional y burocratizada) y justifica así la imposibilidad del diálogo. Una lectura más atenta de la renuencia al diálogo por parte de los estudiantes, no hace sino revelar, especialmente en el movimiento secundario, que se ha procesado el nefasto impacto que provocó la burocratización del conflicto tal y como ocurrió con la mega Comisión de Bachelet<sup>11</sup>, subterfugio que logró disipar la energía politizante del huracán pingüino y ganar un poco más de tiempo: casi cuatro años. Pero más allá de la experiencia y el aprendizaje de las franjas más inteligentes del movimiento – y la pausada constitución de una pequeña pero creciente masa crítica – emergen nuevas prácticas y concepciones de la política; éstas prácticas están sumergidas en dichas formas de acción social y emergen casi instintivamente. Desde esa perspectiva, no es sólo que el diálogo no funcione por la “crisis de representación” sino también porque el movimiento es renuente a las prácticas formales de la política e incluso a la representación misma como concepto de lo político. Entre líneas y en potencia se lee que la esterilidad de la política formal no solo deriva del desprestigio por la corrupción y el oportunismo de los “profesionales de la política”, sino de un sistema político representativo que – como concepto e institución e independientemente del binominalismo o de los procedimientos de inscripción y voto – ha sido hasta ahora impotente para procesar la vitalidad del movimiento. En el fondo, la incomodidad de Bulnes así como la manifestada episódicamente por la Concertación y por la propia izquierda “confiada”, deriva de las significativas tendencias autónomas que – aún latentes, es decir, no convertidas en fuerza colectiva propia y principal – ostenta el movimiento estudiantil, especialmente el activo secundario y el universitario regional.

En este sentido, la potencialidad del movimiento también se expresa en sus formas de organización que ponen el acento en la auto-representación y en diversas

<sup>11</sup> Se trata del *Consejo Asesor Presidencial para la Calidad de la Educación*, convocada en junio de 2006 como respuesta a las movilizaciones estudiantiles, por la entonces presidenta Michelle Bachelet. Fue constituida por más de 80 miembros especialistas en educación, académicos, religiosos, representantes de las etnias originarias, padres y apoderados, estudiantes secundarios, universitarios, docentes, etc. Sus resultados, luego de seis meses de trabajo, se concretaron en una reforma educacional cosmética e inútil a la luz de las movilizaciones estudiantiles actuales.

prácticas de radicalidad democrática. En muchos casos se trata de la eventual emergencia de una cierta “ética” que privilegia la existencia de lo colectivo, de la comunidad de voluntades, por sobre el impulso individualizante. Es la vieja escuela de la práctica que, bajo ciertas condiciones históricas, acuna sujetos y proyectos emancipadores. La larga épica obrera y popular, inspirada en el marxismo, en las ideas socialistas, libertarias, cristianas y otros idearios emancipadores, expresaron esta nueva ética de la humanidad como emplazamiento directo a la inhumanidad del capital. Las luchas de los desposeídos y explotados avanzaron desde las reivindicaciones salariales y de mejores condiciones de trabajo, hacia la demanda por la abolición del propio modo de vida capitalista. Este proyecto, provisto de un profundo contenido ético, se propuso también la emergencia de una humanidad nueva, artífice de su propia historia, dónde la realización colectiva fuera condición para la realización individual. Esta aspiración a una relación virtuosa entre individuo y colectivo, negada recurrentemente por el capitalismo y las experiencias estatistas de inspiración socialista, se nos aparece como necesidad urgente frente a la dinámica del capital que nos arrastra al barranco, y está latente también en las prácticas emancipadoras de los movimientos actuales.

Las formas de organización en base a instancias de deliberación colectivas – aunque muchas veces parezcan ineficientes –, la idea del vocero como mero exponente de la voz común, la idea de un cuerpo colectivo que toma decisiones colectivas y por lo tanto “si erramos, erramos todos y si triunfamos, triunfamos todos”, son pequeños ejemplos de esa relación virtuosa. Cuando la realidad, los hechos sociales y políticos, son resultado de voluntades comunes, una creación común y consciente, se genera una fuente de identidad y una praxis de construcción muy robustas: “soy obra de esta historia tanto como esa historia es mi propia obra”. El intento bien o mal intencionado por administrar esas tendencias y energías colectivas, generalmente termina disipando – y a veces ahogando trágicamente – las energías colectivas. Más de una vez, las decisiones de autonomización han sido la respuesta espontánea frente a la manipulación, la cooptación y al acuerdo a espaldas de los actores. Y de eso hay mucho en este país. Las tendencias a la independencia de lo social, las prácticas de autonomía, presentes en las movilizaciones de los últimos años, deben ser entendidas como potencias emancipadoras y estimularse, desarrollarse, más que adocenarlas intentando acumular fuerza propia a costa de ellas; hay que abrir paso a una politización de lo social. El proyecto emancipador – no sobra recordarlo – tiene que responder no sólo a la debacle del capitalismo sino también a la debacle del proyecto de construcción socialista donde las relaciones partido-masa y estado-sociedad, fueron mal tratadas al punto que ahogaron la vitalidad de las propias fuerzas que lo originaron. Si hay una discusión de primera prioridad en el marxismo y en las corrientes emancipadoras hoy día, es en torno a este punto crucial.

Por ello, vocerías, deliberación colectiva, asamblea, construcción de colectivos, horizontalidad, auto-representación, formas organizativas que arrancan con las prácticas de los años noventa y que los secundarios han mantenido desde el 2001 hasta hoy, deben cuidarse y estimularse. Hay que cuidarlas no solo de la reacción

de las clases dominantes y su necesidad de imponer el “orden”, sino también de las tentaciones de la izquierda tradicional que debe demostrar al poder su capacidad de maniobra para fortalecer su lugar en las instituciones de la república y su sistema político representativo. No es suficiente para caracterizar un movimiento y sus luchas recurrir solo a su composición de clase y/o a los contenidos programáticos que este levanta. En la actualidad, hay que agregar otra dimensión, una variable anteriormente secundaria: me refiero a las formas organizativas. En las condiciones actuales de desarrollo del capitalismo, las formas son contenido y por tanto son cruciales en la configuración del carácter de un movimiento. Por decirlo de un modo aproximado: un mismo Programa levantado por una misma constelación de fuerzas sociales puede adquirir un carácter radicalmente distinto con una táctica restringida al campo de la política representativa y del Estado, o si, alternativamente, se realiza como ejercicio de sujetos colectivos auto-representados que ejercen soberanía en y *más allá* del Estado. Mientras esas formas no sean convertidas conscientemente en proyecto, las tendencias que permiten caracterizar las potencialidades emancipadoras de un movimiento, incluso a espaldas de los propios sujetos implicados, se relacionan muy estrechamente con esas formas de organización y métodos de trabajo colectivos. Lo que aparece como desorden a ojos de las clases dominantes y de los burócratas de la política, expresa la latencia de prácticas emancipadoras que tarde o temprano romperán la camisa de fuerza liberal-burguesa con que se concibió y ejerció hasta hoy “la política”.

**¿Y LOS TRABAJADORES? ¿QUÉ SE PUEDE DECIR DE SU AUSENCIA Y DE LA IDEA DEL “CIUDADANISMO” QUE SE HA IDO INSTALANDO EN LOS MOVIMIENTOS SOCIALES? ¿CUÁLES SON LAS IMPLICANCIAS DE ESTE NUEVO PARADIGMA SOCIAL?**

Por más de tres décadas la teoría social, la historia y la política han dejado de considerar al trabajo humano como concepto clave y determinante en la configuración y dinámica de la sociedad, desplazándolo del lugar central que antes tenía en ellas. Paralelamente, la clase trabajadora, y en especial la clase obrera, ha desaparecido de la escena política e incluso de la propia producción – tema sobre el cual volveremos. La derecha ha sustituido a esta clase por categorías como el “emprendedor” y el “consumidor”; la izquierda “progresista”, en distintos momentos, por las categorías de “el ciudadano”, “las mujeres” y “las minorías sexuales”; y los tecnócratas de toda estirpe, como objeto de las políticas públicas, por “los sectores vulnerables”, “los pueblos originarios” y “los pobres”: ciudadanos pobres, mujeres pobres, minorías sexuales empobrecidas, niños pobres, ancianos pobres, etc., claramente todos pobres, pero en cuanto tales, sin el *glamour* que exige la moda intelectual del momento. Ese desplazamiento del trabajo y los trabajadores, ha dado paso a la emergencia de multiplicidad de sujetos sociales. Para las corrientes postmodernas más reaccionarias, tales sujetos finalmente se diluyen en una masa de subjetividades particulares (individuales) no susceptibles de aglutinar o responder a “lógica de equivalencia” alguna; tales subjetividades son inconmensurables y no dan siquiera para populismos;



es el fin de la política y de todo valor universal. Otras, las menos conservadoras, reconocen la plausibilidad de la conjunción de intereses transindividuales y reponen la política pero solo como fenómeno episódico, contingente y transitorio, tanto como lo es una coyuntura particular. Para éstas, los conflictos pueden expresar una subjetividad colectiva pero por única e irrepetible vez; no hay lugar para la memoria colectiva ni para ningún presente histórico que contenga en potencia un futuro colectivo; todo es contingente, ningún horizonte histórico, ninguna verdad y ninguna utopía, siquiera como idea reguladora o recurso movilizador<sup>12</sup>. En oposición a éstas corrientes y en defensa de las promesas de la modernidad, más esperanzador ha resultado el esfuerzo de las teorías que relevan el rol de la acción comunicativa y la construcción de consensos sociales como campo de acción privilegiado de la política<sup>13</sup>. Sin embargo, de todos modos, en la época del “giro lingüístico”, la centralidad del trabajo ha desaparecido de escena.

Estas corrientes teóricas han permeado fuertemente a las franjas ilustradas de la sociedad. Un segmento “progresista”, haciéndose eco del monopolio ideológico que ostenta la concepción liberal de democracia, ha adoptado con toda naturalidad al “ciudadano” como el sujeto político por antonomasia; el *citoyen* criollo, que independiente de su lugar en la ciudad – y en la producción –, es el soberano del poder político de la nación bicentenaria. Como sea, este ciudadano es el “hombre político”, aquel que realiza su libertad ejerciendo soberanía en el espacio de la interacción lingüística en torno a materias de lo público.

Pero sabemos que libertad formal no es igual a libertad sustantiva; esta distinción devela el límite insalvable de toda sociedad de clases. Por ejemplo en este país, aún cuando se eliminaran las ostensibles limitaciones que impone al *citoyen* criollo la Constitución de Lagos-Pinochet<sup>14</sup>, tales como el sistema de elección parlamentaria binominal, el sesgo presidencialista del régimen político o la ley de financiamiento y funcionamiento de partidos políticos, tal distinción mantendría toda su validez.

La distinción entre libertad formal y libertad sustantiva es de la mayor significación para comprender el funcionamiento actual del capitalismo, y si bien

<sup>12</sup> Hacemos referencia a la crítica de “lo político” y su re-conceptualización lingüística en términos de “cadenas de equivalencias” planteadas por Mouffe y Laclau, así como el ácido debate posterior entre el mismo Laclau, Butler y Zizek. Véase Ernesto Laclau y Chantal Mouffe (2003) y Judith Butler, Laclau y Zizek (2003).

<sup>13</sup> El representante principal de esta postura es Jürgen Habermas. Véase, entre otros, su conocido texto “*Teoría de la acción comunicativa*”, 1987, Taurus, Madrid.

<sup>14</sup> Pinochet, buscando institucionalizar su gobierno y el modelo económico y político implantado, hizo aprobar en 1980 una constitución política. En 1989, en el contexto de la transición y con Pinochet en el gobierno, ésta sufrió un *aggiornamento* y posteriormente, en septiembre de 2005, bajo el gobierno del socialista Ricardo Lagos (2000-2006), se realizó una reforma que conservó en lo esencial los fundamentos doctrinarios del modelo neoliberal chileno, pero que eliminó la firma de Pinochet de la carta y se reemplazó por la de Lagos. El efecto simbólico buscado fue mostrar el fin de la transición y la restauración de la democracia plena. Evocando el “gatopardismo” de la Concertación, hoy hablamos de la “Constitución Lagos-Pinochet”. Para un muy buen análisis del proceso anterior a Lagos, véase Felipe Portales (2000).

nuestras herramientas teóricas apenas balbucean una interpretación de la crisis del estatalismo socialista del siglo XX, también lo es en relación a tales experiencias. En este sentido, debates e investigaciones recientes, justifican reponer una idea crucial de Marx: *la centralidad del trabajo*, la centralidad de esa elemental actividad humana que es el trabajo entendido como praxis social productiva y reproductiva.

El capitalismo del nuevo siglo ha extendido su lógica a casi todas las esferas de la vida social transformando en mercancía todo objeto tangible, intangible o virtual susceptible de vender y comprar; ha extendido por doquier las relaciones sociales capitalistas y sometido al imperativo de la acumulación a los más diversos espacios personales y comunitarios. Pero así como el capital se extiende, también más actividades humanas se vuelven trabajo, trabajo para el capital. Este proceso ha implicado la emergencia de nuevos contingentes de trabajadores vinculados a la producción de esas mercancías. Sin embargo, en la medida en que tales contingentes y mercancías, especialmente las intangibles y virtuales, adoptan nuevas estéticas no han sido fácilmente reconocibles por la vieja clase obrera o por el “sindicalismo clásico”. Si entendemos que *el capital no es una cosa ni una forma, sino una relación social*, quien produce socialización, afectos o conocimientos, tanto como quien produce carbón o zapatos, si lo hace mediado por una relación de compra y venta de su fuerza de trabajo al capital, es un trabajador, produce plusvalía y sirve a la acumulación de capital, independiente que el mismo lo crea o no y sea o no reconocido por otros, por ejemplo por los “obreros manuales”, en su calidad de tal. La izquierda tradicional y el sindicalismo clásico fetichizaron el trabajo así como el salario, en el primer caso, reduciéndolo a la forma material de la actividad o del producto, y en el segundo, a su forma dinero; su imaginario, su apreciación estética, ha impedido comprender que en el capitalismo actual la clase trabajadora se ha extendido bajo nuevas formas y aumentado su peso a pesar que los empleados en sectores extractivos, agrícolas e industriales, lo disminuyan, incluso en algunas ramas en términos absolutos. Y todo esto sin contar los cientos de millones los trabajadores asiáticos y este-europeos recientemente incorporados a los circuitos de la acumulación de capital mundial.

Lo señalado ya es argumento suficiente para recuperar la centralidad del trabajo. Sin embargo, el capitalismo actual nos entrega otras razones que, más allá de la dimensión puramente cuantitativa, se relacionan con los aspectos cualitativos de la producción.

El capitalismo del nuevo siglo también ha debido avanzar en otras direcciones. Un área clave ha sido la extensión y profundización de los mecanismos de control socio-culturales requeridos para resolver las contradicciones que derivan de una expansión sistemática y duradera de la productividad del trabajo provocada tanto por el cambio técnico duro – nuevo capital fijo y circulante – como por las sucesivas reorganizaciones de los procesos de producción y trabajo. Mucho antes de la crisis del patrón fordista en los países centrales, el capital extendió su esfera de preocupación desde la producción y circulación de mercancías a la esfera del propio consumo. En

efecto, sostener una dinámica de producción creciente de mercancías obligaba generar una capacidad de absorción proporcional por el lado del gasto pero – y esto es lo que queremos relevar- no sólo como mera capacidad de compra sino como disposición a la compra, como *disposición subjetiva al consumo*. Esto no es trivial, pues si me doy a entender bien, no me refero sólo a la expansión de la demanda – en parte garantizada por la regla fordista de aumentos reales del salario acordes con el aumento de la productividad- sino antes que eso, a la expansión de las necesidades como motor de la expansión de la demanda. Estoy hablando, por tanto, de la *administración “racional” de las subjetividades con el fin de inducir un crecimiento incesante de las necesidades* y naturalizar así el consumo compulsivo e irracional, el consumo basura y el despilfarro, fenómeno que más recientemente se ha llamado “consumismo”. Esta manipulación de las necesidades, cuando se transforma en industria, en industria de la producción de subjetividad para el consumo, inaugura otro momento del capitalismo. De hecho, usando una categoría de Agnes Heller para caracterizar el estatalismo de los ex países socialistas europeos, el capitalismo se ha vuelto una “dictadura de las necesidades”<sup>15</sup>, solo que a diferencia de tales regímenes, dicha dictadura opera bajo la apariencia de la libertad, “la libertad de elegir”, dirían los esposos Friedman<sup>16</sup>.

Dicho esto, surge entonces una interrogante crucial: ¿Cual es el verdadero carácter de esa escasez con la que se nos aterroriza cotidianamente? ¿Es ésta un límite malthusiano, es decir, un estado natural de desbalance entre población y recursos? ¿O por el contrario, se trata de un desbalance artificialmente originado y sostenido sobre la base del modo de vida vigente?

No podemos desbrozar todas las implicancias que tiene una pregunta de este tipo, pero hay un aspecto que interesa resaltar aquí. Pensemos al revés. ¿Qué pasaría si la sociedad organizada arrebatase al capital el poder que éste ejerce sobre las necesidades y las auto administrara – definiera, jerarquizará, etc. – en concordancia con el desarrollo de las facultades humanas y de acuerdo a criterios de sustentabilidad social y ecológicas?<sup>17</sup> Sin duda que la escasez impuesta por el capital

<sup>15</sup> Véase Ferenc Fehér et al. (1983).

<sup>16</sup> Milton Friedman junto a su esposa, Rose Friedman, han publicado un par de textos en español promocionados hasta hacerlos *best seller* en Chile y otros países: *Libertad de elegir*: hacia un nuevo liberalismo económico, 1992, Grijalbo y *Libertad de elegir*, 2004, RBA Coleccionables. Milton Friedman, premio Nobel de Economía en 1976, fallecido en el 2006 a los 94 años, fue maestro del grupo de economistas conocidos como los *Chicago boys*, responsables de las reformas neoliberales impulsadas bajo la dictadura de Pinochet. En 1947, Friedman, junto a otros intelectuales como Ludwig von Mises, Friedrich A. von Hayek, Karl Popper y Frank Knight, participó en la fundación de la Sociedad Mont Pelerin, un *think tank* mundial, dedicado desde ese entonces a la defensa y difusión de las ideas ultra liberales y a combatir todas las ideas asociadas al colectivismo o a la intervención estatal, fueran de inspiración marxista, socialista o keynesianas. Visitó Chile en 1975 y participó en diversos seminarios y programas televisivos en plena dictadura de Pinochet, en que proclamó las ventajas de la política de shock y las reforma neoliberales.

<sup>17</sup> Michael Lebowitz ha insistido en la importancia que tiene reintroducir las necesidades humanas como tópico de la economía política. En el texto *Más allá de El Capital*, acomete la tarea de construir una economía política del trabajo – no sólo del capital como hace Marx en *El Capital* – poniendo al centro precisamente el patrón de necesidades de los trabajadores que Marx suponía invariante. Y recientemente, vuelve sobre el tema al plantear el

se volvería superflua. En efecto, esta escasez es resultado de la expansión incesante de las necesidades inducida por el capital y su imperativo de la acumulación. Es fácil darse cuenta que si el trabajo se hace cada vez más productivo con el apoyo de la ciencia y la técnica, es absurdo que la gente trabaje más y/o más intensivamente. ¿Por qué aumenta el tiempo de trabajo y su intensidad y no el tiempo de *no trabajo*, el tiempo libre, si es evidente que el trabajo se ha hecho mucho más productivo en una trayectoria de innovación y cambio técnico acelerados y de largo plazo de la que nunca antes se tuvo razón? En efecto: si las necesidades no se desbocaran como sucede bajo el régimen del capital, la jornada de trabajo podría haberse reducido en proporción al aumento de la productividad. Por cierto, factores demográficos – crecimiento poblacional, transición etaria – y la pobreza estructural de décadas, absorben el efecto de una productividad acrecentada pero no completamente como para justificar una intensificación del trabajo y la mantención de un estado de escasez que nos amenaza diariamente. No, no; la clave está en la tiranía del capital que no solo reina en las esferas de la producción y la circulación de mercancías, si no, como ya se ha dicho, también en la esfera del consumo ocupándose de la multiplicación de las necesidades con arreglo a sus fines, que no son, precisamente, los fines de una humanidad emancipada.

Llegado a este punto, podemos entonces relacionar las luchas sociales que toman forma en los movimientos sociales cuya estética evoca actores como los ciudadanos, consumidores, mujeres, jóvenes, etc., cuyos contenidos giran en torno a la democracia, los derechos individuales, el medio ambiente, los derechos reproductivos, etc., con la idea de la centralidad del trabajo.

En efecto, al caracterizar el capitalismo actual como “una dictadura de las necesidades”, caemos de bruces nuevamente en la dimensión de la producción y del trabajo, pues: ¿Qué, si no, significa emanciparse de tal dictadura? Simplemente reclamar soberanía respecto de las necesidades, es decir, de los fines de la producción y por tanto de la distribución de las capacidades productivas humanas, las capacidades colectivas de trabajo, del trabajo social. En simple: arrebatarle esas dimensiones de decisión al capital, significaría construir un orden social en que los propios productores – los trabajadores – fueran capaces de responder a las interrogantes económicas que nos enseñaron en la escuela cuando niños: qué, para quién y cómo producir. Claramente lo anterior significa cruzar el umbral de la libertad formal y entrar directamente al terreno de la libertad sustantiva; no se trata del *citoyen* que reclama derechos políticos civiles en la esfera de lo político, si no del *sujeto colectivo radical*, que quiere extender tales derechos a las profundidades de la vida misma, que *politiza la existencia social* al hacer del propio modo de vida un campo de batalla por el ejercicio de la soberanía.

---

“desarrollo humano” como idea motor de todo proyecto emancipación. Véanse sus textos *Más allá de El Capital. La economía política de la clase obrera en Marx*. Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2006; y *La alternativa socialista: el verdadero desarrollo humano*. Santiago: Ediciones Plataforma Nexos, 2012.

Con todo no queremos decir que la problemática social y cultural que han reivindicado los movimientos sociales, sea reducible a la centralidad del trabajo. Ello no es posible y no tiene sentido político plantearlo. Pero si decir que la izquierda tradicional y el sindicalismo clásico, impedidos de superar los límites de una visión fetichizada del trabajo y salario, no han podido establecer un diálogo estratégico con tales movimientos que permita potenciar sus luchas y unificar fuerzas en pos de una alternativa emancipadora. La izquierda y sindicalismo tradicionales han quedado atrapados en un imaginario que se resiste a ahondar en la complejidad del capitalismo actual. La primera, reduce las luchas de los ciudadanos a los límites de la democracia representativa sin siquiera recoger el legado teórico de una crítica radical al Estado, o peor aún, de las experiencias estatistas de inspiración socialista que ella defendió; el segundo, limitando sus luchas a mejoras salariales y beneficios monetarios sin atreverse a criticar el contenido social del salario que, a fin de cuentas, es definido por el capital -alimento basura, vivienda basura (cuando la hay), ambiente basura, educación basura, salud basura, transporte basura, cultura basura, etc. – al manipular las necesidades y sus satisfactores. No estaría de más que nos preguntásemos si tiene sentido alguno seguir endosando nuestra soberanía a los profesionales de la política que, es archisabido, terminan subordinando los fines colectivos a sus intereses propios, o también, si lo que queremos es más salario y más ingreso para seguir consumiendo basura y horadando las bases naturales de nuestra propia vida.

Una fuerza más abierta puede entonces relacionar directamente gran parte de las reivindicaciones de los movimientos sociales y ciudadanos con las de los trabajadores; y no para subordinarlas o postergarlas para un incierto futuro posterior a la construcción de la nueva sociedad. No, no. Si, como hemos mostrado, se trata en el fondo de una misma reivindicación, lo correcto es contribuir a radicalizarlas, llevarlas al campo de la emancipación, al campo de la lucha por la libertad sustantiva que implica luchar por hacernos del control de nuestras necesidades y construir los arreglos sociales que permiten definirlas, jerarquizarlas y satisfacerlas de acuerdo a los fines de los propios productores, o lo que es lo mismo, distribuir y asignar el trabajo social y el tiempo libre, de acuerdo a los fines de los propios trabajadores. Y también a la inversa, aprovechar y potenciar las formas democráticas de acción de tales movimientos; prácticas y métodos organizativos que – en apariencia pre políticas – anuncian la política del futuro.

Así, al partir del elemental hecho de la existencia de seres vivientes cuyo imperativo es su reproducción y estar por ello compelidos a producir sus condiciones materiales y simbólicas de existencia, la *centralidad del trabajo* lo que releva es un acto eminentemente práctico: el trabajo; una praxis constitutiva que, por más que sus formas hayan cambiado en la época del capitalismo actual, sigue siendo un campo de batalla entre el modo de vida del capital y un modo de vida emancipado de su tutela.

AGACINO, Rafael. Student Mobilization in Chile: anticipating the future. *Educação em Revista*, Marília, v. 14, n. 1, p. 7-20, Jan.-Jun. 2013.

**ABSTRACT:** These notes evaluate the student mobilizations considering the moment by which it crosses the Chilean neoliberal counterrevolution, ready to complete 40 years already. The student demands - public education, rejection of the profit, etc. -, have strongly criticized the “neoliberal common sense” very accepted by the Chilean society; and they have also forced the policy to move from the classic institutions towards the own society. Between the most active sectors of the movement new ideas circulate like: the “communitarian control”, a popular power like alternative to the “estatalismo” and markets; or the “popular sovereignty on the necessities”, orientation principle of any project with emancipador horizon. The Chilean neoliberal counterrevolution has matured and begins to show to its limits and fissures; and it shows the rupture potentialities to us that are born from their own belly. The analysis of these political openings is the central object of this interview.

**KEYWORDS:** Student Mobilization. Chile. Education neoliberal counterrevolution.

## REFERENCIAS

AGACINO, Rafael: *Hegemonía y contra hegemonía en una contrarrevolución neoliberal madura: la izquierda desconfiada en el Chile post-Pinochet*. 2006. Disponible en: <<http://www.rebelion.org/noticia.php?id=36824>>. Acceso en: 01/09/2008.

\_\_\_\_\_. *Pasado y presente: los trabajadores, una vez más*. 2007. Disponible en: <<http://www.archivochile.com/entrada.html>>. Acceso en: 05/05/2009.

BUTLER, Judith; LACLAU, Ernesto; ZIZEK, Slavoj. *Contingencia, hegemonía, universalidad: diálogos contemporáneos en la izquierda*. Buenos aires: Fondo de Cultura Económica, 2003.

FEHÉR, Ferenc; HELLER, Agnes; MÁRKUS, György. *Dictadura y cuestiones sociales*. México: Fondo de Cultura Económica, 1983.

HABERMAS, Jürgen. *Teoría de la acción comunicativa*. Madrid: Taurus, 1987.

LACLAU, Ernesto; MOUFFE Chantal. *Hegemonía y estrategia socialista*. Madrid: SIGLO XXI, 1987.

PORTALES, Felipe. *Chile: una democracia tutelada*. Santiago: Editorial Sudamericana, 2000.